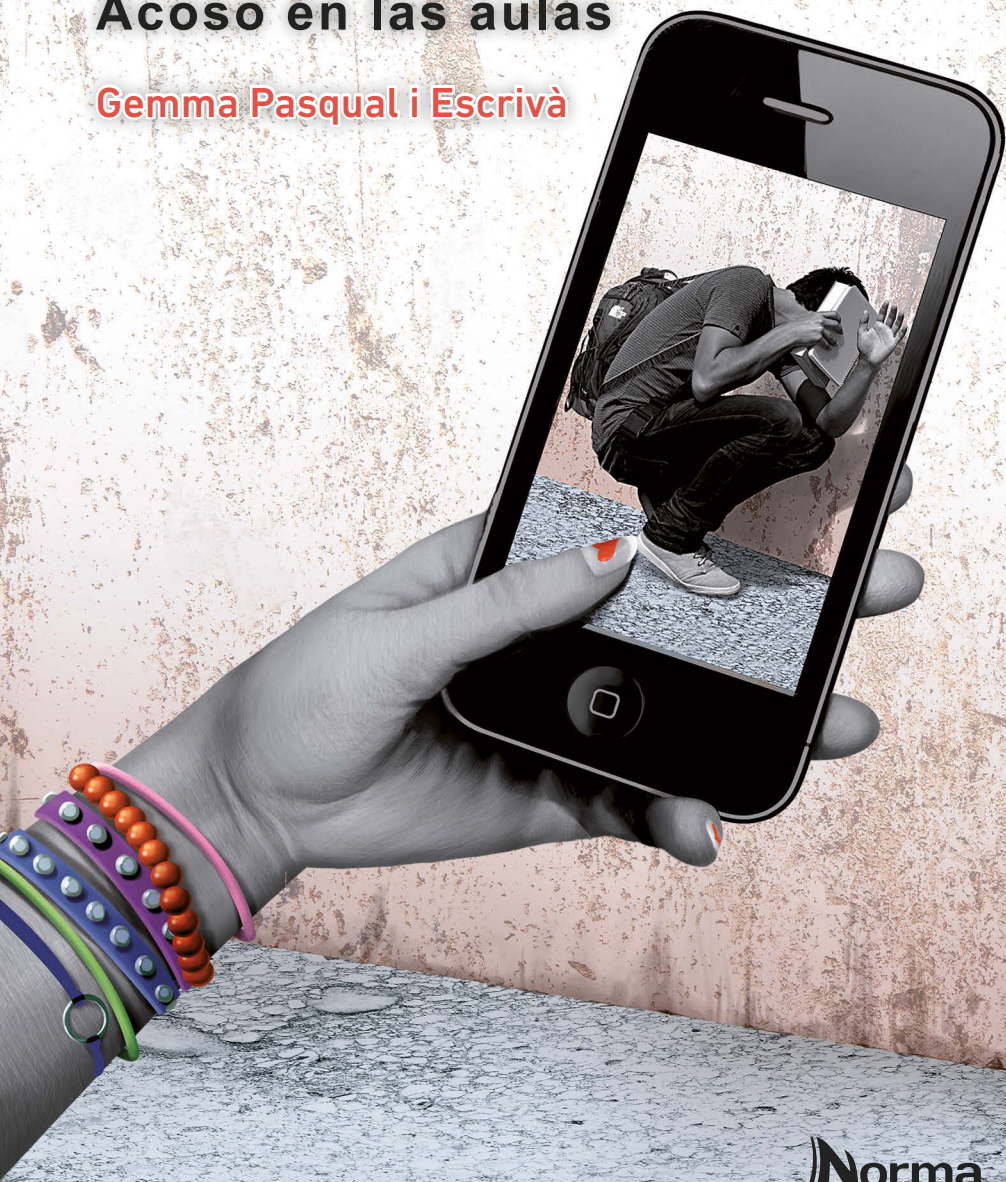


**ZONA
LIBRE**

La mosca

Acoso en las aulas

Gemma Pasqual i Escrivà



Norma

**ZONA
LIBRE**

La mosca Acoso en las aulas

GEMMA PASQUAL I ESCRIVÀ

Norma

mx.edicionesnorma.com
Bogotá, Buenos Aires, Ciudad de México,
Guatemala, Lima, San José, San Juan
y Santiago de Chile.

D.R. © 2014, Gemma Pasqual i Escrivà
D.R. © 2014, Norma Ediciones, S.A. de C.V.
Bosque de Duraznos 127, piso 2
Bosques de las Lomas
CP 11700 México, D.F.

D.R. © 2017, Educa Inventia, S.A. de C.V.
Av. Río Mixcoac 274, piso 4º, colonia Acacias,
Delegación Benito Juárez, México, Ciudad de México, C. P. 03240.

Reservados todos los derechos.
Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra
sin permiso escrito de la editorial.

* El sello editorial "Norma", está licenciado por Carvajal, S.A. de C.V.,
a favor de Educa Inventia, S.A. de C.V.

Primera edición: septiembre de 2014
Cuarta reimpresión: junio 2019

Impreso en México - *Printed in Mexico*

Dirección Editorial: Lorenza Estandía
Jefe Editorial: Varinia del Ángel
Edición: Lizbeth Alvarado Mota
Diagramación: Cristina Bautista
Ilustración portada: José Luis Briseño
Fotografía: Shutterstock

ISBN: 978-607-13-0212-0

En memoria de Jokin

Gracias a Maria, Clara, Evelin, Laura, Robert, Antoni, Mireia, Mar, Emili, Noemí, Marc, Roser, Joan, Lorena, Susanna, Pau, Marina, Laura R. y a todos los alumnos de 4º de ESO (Educación Secundaria Obligatoria) del curso 2005-2006 de la escuela La Masia, por aportar sus ideas a esta novela. Y a Josepvi, su maestro y mi amigo.

Y a Gemma Lluch por hacer posible este sueño.

LA MOSCA

Salta a la cara.

De la cara

a las manos

y del cuello

a la cara.

Salta a las manos.

De las manos

a la cara.

Salta al cuello.

Del cuello

a las manos,

de la cara

al cuello.

Salta a la cara

la mosca pesada.

La mosca importuna

que vuela por todas partes.

La mosca,

la mosca intolerable.

Por todas partes,

en las paredes,

las maderas,

los muebles,

las puertas,

el techo,

la mosca,

la mosca intolerable.

1.

La lluvia marcaba el compás de las notas amargas que brotaban del violín de Isona. El instrumento lloraba la pérdida de un ser querido. La melodía de *El cant dels ocells*¹ era un bálsamo para la tristeza que invadía a los presentes, para todos menos para ella; la rabia, la indignación, la impotencia y sobre todo el sentimiento de culpa son muy difíciles de digerir. Sus dedos se deslizaban hábiles por el mástil del violín, su mano agarraba con fuerza el arco mientras clavaba el mentón en la barbada. Cerró los ojos para dete-

1. El cant dels ocells, en español *El canto de los pájaros*.

ner las lágrimas que se confundían con las gotas de lluvia. Es muy difícil dar el último adiós a un amigo, sobre todo cuando no has tenido tiempo de despedirte ni de explicarle lo importante que era su amistad. Estaba convencida de que sólo habría necesitado un poco de tiempo, sólo algunas horas para convencerlo de que estaba equivocado, unos cuantos minutos para demostrarle que la vida valía la pena vivirla, unos instantes para pedirle disculpas. De repente, una mosca importuna le saltó a la cara, de la cara a las manos y del cuello a la cara, una mosca pesada, que volaba por todas partes y que hizo que Isona se irritara aún más. Estaba muy enfadada con Marc, tanto que hubiera escupido sobre su tumba. Salió la última nota de su instrumento y sus dedos finalmente se detuvieron. Abrió los ojos llenos de lágrimas. Contempló a todos los presentes. Alguien dedicaba unas palabras al difunto. Isona no podía más, el violín y el arco se le resbalaron de las manos. Salió corriendo, espantando a la mosca. Tenía ganas de vomitar.

Volaba y volaba para que el aire le diera en la cara, quería escapar pero no podía huir de sus pensamientos. De repente se dio cuenta de que alguien con un paraguas negro la seguía. Se asustó y aceleró el paso. El paraguas estaba cada vez más cerca. Estaba cansada, débil; sin embargo, continuó corriendo, no quería que la atraparan. De pronto resbaló y cayó al suelo. Ahora sí que la había hecho buena. Intentaba sobreponerse. Demasiado tarde.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó un muchacho

que salió de debajo del paraguas negro y la ayudaba a ponerse de pie-. ¿Por qué corrías?

Isona no dijo nada. Al ver que no era ningún conocido el que la perseguía se calmó.

-Olvidaste el violín.

-Gracias -le dijo escuetamente mientras agarraba su instrumento e intentaba fugarse.

-¿Eres Isona, verdad?

-¿Cómo sabes mi nombre? -preguntó desconfiada con un hilo de voz.

-Soy Joan, el primo de Marc. Nos vimos una vez, antes del verano.

No lo recordaba. Miraba a los ojos del desconocido, era como si Marc la estuviera observando. Isona rompió a llorar desconsoladamente. Joan intentó calmarla.

-Resguárdémonos de la lluvia, estás empapada.

Isona lo obedeció y lo siguió hasta la cafetería de la esquina. Los ojos de Marc le daban confianza. Los dos jóvenes se sentaron en silencio, uno frente al otro, sólo los separaba una pequeña mesa apoyada bajo una ventana. Isona no apartaba la vista de la cara de Joan.

-Todavía no salgo de mi asombro. Mi primo muerto... -rompió el silencio el joven diciendo en voz alta sus pensamientos.

Isona no dijo nada, no quería hablar, negaba la evidencia.

-Dejó una nota en su ordenador -continuaba hablando el muchacho, ignorando su silencio.

Ella lo escuchaba con atención, quería saber cuáles eran las últimas palabras de su amigo. Quizá le había dedicado

un último pensamiento antes de lanzarse al vacío.

–“Libre, oh, libre. Mis ojos seguirán aunque paren mis pies”. No lo entiendo –ahora era Joan quien lloraba.

Estas palabras no la aliviaron. Pensaba que Marc había sido muy egoísta. Todos queremos ser libres y todos estamos ligados a la pesada y gruesa cuerda de la vida, no tenía ningún derecho a elegir la solución fácil. ¿Quién la libraría a ella del gran pesar que la embargaba, del sentimiento de culpa? Isona rompió el silencio.

–No hay nada qué entender, todo es una locura.

–¡Mi primo no estaba loco, estaba harto de todo el daño que le hacían! –gritó de repente el muchacho.

Ella se refugió en la mirada de Marc y selló sus labios.

–¿Quién ha sido? ¿Quién ha inducido al suicidio a mi primo?

Isona continuaba callada.

–Sé que sabes algo, se te ve en la cara.

Ella agachó la cabeza y no dijo nada.

–¿De qué tienes miedo? O mejor dicho, ¿de quién? ¿Quiénes son esos tan poderosos que quedarán impunes tras una maldad como ésta?

Las lágrimas bañaban el rostro de Isona.

–Por favor, necesito saber qué pasó.

Pero ella callaba, la curiosidad no era suficiente motivo para hacerla hablar. Apartó los ojos de la mirada de Marc. Observaba una mosca que había en el cristal de la ventana, parecía que quisiera entrar para guarecerse de la lluvia. De repente vio a alguien cono-

cido. Él también la había visto. Reaccionó rápidamente, contempló a Joan, no era Marc sino su primo, nunca más podría sentarse a hablar con su amigo, nunca más lo volvería a ver. Tomó el violín y sin decir ni una palabra salió corriendo.

2.

Habían pasado sólo algunas semanas desde que le dio el último adiós a Marc, pero parecía toda una vida. Nunca nada volvería a ser como antes. Se encontraba otra vez en la casilla de salida, volver a empezar en un instituto nuevo, con nuevos compañeros. Estaba asustada, tanto que sus padres la tuvieron que acompañar a clase. No quería parecer una niña pequeña, pero era miedo escénico lo que tenía a las aulas.

–Este instituto parece más nuevo que el otro. Aquí estarás bien, ya lo verás –la tranquilizó su madre.

–¿Tienes el móvil? Para cualquier cosa

llama y vengo enseguida –ahora era su padre el que estaba pendiente de ella.

Isona no abría la boca, miraba fijamente la puerta del aula. Hubiera querido llorar como los niños en su primer día de clases, amarrarse a la falda de su madre y suplicarle que volvieran a casa, a su cobijo, el lugar donde se encontraba segura. Pero no tenía edad para esos numeritos, hizo de tripas corazón y mintió a sus padres.

–No se preocupen, estoy perfectamente. De hecho no tienen que volver a recogerme, son sólo dos paradas de metro.

–Ni hablar, a las tres estaremos aquí los dos como un clavo² –le dijo su padre.

–Y para celebrar tu primer día de clases y que nos expliques con todo detalle cómo te fue, iremos a la pizzería a comer –propuso su madre.

–Muy bien. Ahora tengo que entrar; si no, llegaré tarde.

Isona estaba hecha un lío. Por un lado quería volver a casa con sus padres, pero, por otro, le daba mucha vergüenza que alguien la viera con ellos y pensara que era una inmadura que necesitaba a sus padres incluso para ir a clase.

No había forma humana de deshacerse de ellos, ni de los besos ni de los abrazos. Lo intentó dándoles un pequeño empujoncito, pero hasta que no entró a clase no desaparecieron. Menos mal que los disuadió para que no

2. "Como un clavo", expresión para indicar "puntuales y sin falta".

entraran con ella, al parecer su intención era dejarla bien sentada en una silla y saludar a sus nuevos compañeros.

Con todo aquel numerito, el aula ya estaba llena y sólo quedaban vacías algunas sillas de la primera fila. Aquellos lugares eran para los *nerds* y los *freaks*, y ninguno de los dos adjetivos iba con ella. Hizo otro repaso al aula, por si hubiese algún sitio libre y no se había percatado. Le daba igual que la silla estuviese rota. Pero no, estaba todo lleno. Agachó la cabeza y se sentó entre un chico gordito, con mofletes de pan, rollizo, y con gafas; y una chica alta, espigada, de piel oscura y pelo negro muy rizado. Ambos le dedicaron una sonrisa para agradecerle la elección, que ella devolvió sin demasiadas ganas, ese lugar sólo era provisional.

El profesor de literatura entró al salón, se presentó rápidamente y fue al grano.

–Para este trimestre quiero que realicen un trabajo en equipo sobre *El señor de las moscas*.

–Es una trilogía muy interesante –interrumpió un muchacho de la tercera fila–. Yo he visto las películas un montón de veces, me las regaló mi abuela por Navidad.

–No lo confundas con *El señor de los anillos*. *El señor de las moscas* es un libro de William Golding. Es la historia de unos muchachos que naufragan y sobreviven en una isla solitaria. Todos ellos son hijos de buenas familias, los cuales han aprendido en la escuela los principios básicos de la buena educación. Pero situados en un entorno extraño se convierten en unos auténticos salvajes en poco tiempo. Todo el brillante barniz con

el que la sociedad civilizada decora a sus niños se fundirá, poco a poco, con el contacto del sol, el miedo, el aire y la soledad. Tal como ocurre en el mundo de los adultos, cuando el miedo hace surgir la irracionalidad disimulada bajo un falso civismo. *El señor de las moscas* se presenta como una metáfora fuera de esta irracionalidad, que puede conducir a crear ídolos falsos e ideologías absurdas. También invita a reflexionar sobre cómo podría llegar a ser una sociedad en la que no existieran las normas básicas de convivencia, y la necesidad de establecer leyes para quien no las cumpla.

Parecía imposible. Isona se quedó de piedra, esta novela la perseguía. El curso pasado también se la hicieron leer. No entendía la obsesión que tenían los profesores con esa historia. De buenas a primeras sintió el zumbido de una mosca. Le saltó a la cara, de la cara a las manos y del cuello a la cara. Saltó a las manos. De las manos a la cara. Le saltó al cuello. Del cuello a las manos, de la cara al cuello. Y una y otra vez a la cara, la mosca pesada. La mosca importuna que volaba por todas partes. La mosca, la mosca intolerable. Por todas partes, en las paredes, en las maderas, los muebles, las puertas, el techo, la mosca, la mosca intolerable. Isona estaba tan ocupada intentando desembarazarse de aquella mosca pegajosa, que ni se dio cuenta de las risas de toda la clase mirándola mover los brazos como si tuviera un espasmo.

–Señorita, le aseguro que no toleraré estas actitudes en mis clases. Si le interesa tanto el mundo del circo, le recomiendo que se apunte en *Payasos sin Fronteras*.

Sus compañeros continuaban riendo al tiempo que la llamaban Payasa. Sentía sus ojos clavados en la nuca y una profunda vergüenza. Isona inclinó la cabeza, de nada valieron sus explicaciones sobre la maldita mosca, ahora ya se había ganado ese mote para toda la vida, no podía haber empezado el curso con peor pie.

En el descanso intentó tomar algo en la cafetería. Estaba a rebosar. Al entrar, sintió como si todas las miradas se posaran sobre ella; todos la miraban, algunos reían, haciendo cosas extrañas con las manos. Isona no lo pudo resistir y salió rápidamente. Tenía ganas de llorar, no entendía por qué le pasaban esas cosas.

¿Cómo podía tener tanta mala suerte? Si había cambiado de instituto era para estar más tranquila, para que las cosas mejoraran y no para que fueran a estar peor. Se refugió bajo un árbol, se puso los auriculares y al ritmo de la música intentó trasladarse a un universo mejor, lejos de toda aquella gente, del mundo en general.

–¡Hola!

Isona oyó una voz dentro de su cerebro, abrió los ojos y vio a sus dos nuevos compañeros de clase plantados delante de ella. Respondió sin mucho ánimo, no tenía ganas de hacer vida social.

–Soy Laila.

–Y yo Miquel.

Estaba claro que esos dos tenían ganas de charlar.

–Isona –dijo ella, quitándose sólo un auricular.

–Hemos pensado que podríamos hacer juntos el

trabajo de literatura –le dijo el muchacho.

Ahora sí que estaba perdida. Estaba claro que el incidente de la mosca la había catapultada forzosamente al grupo de los *freaks*.

–Voy a pensarlo –dijo Isona haciéndose la interesante, aunque sabía que tal y como habían ido las cosas en la cafetería, estaba obligada a hacer grupo con ese par. De hecho nadie más se le había acercado.

–Como quieras. Cuando lo sepas, ya sabes dónde encontrarnos, a un lado de ti en clase –le dijo Laila, un poco molesta por su actitud.

Hasta la hora de la salida, a Isona el tiempo se le hizo eterno. Cuando sonó el timbre se sintió totalmente liberada, salió corriendo a encontrarse con sus padres. Deseaba olvidar cuanto antes todo lo que le había pasado esa mañana. Una deliciosa pizza de barbacoa con doble de queso seguro que sería un buen bálsamo para todas sus penas, y si lo remataba con un buen helado de fresa y nata, nada podría ya fastidiarle el resto del día. Babeaba pensando en la deliciosa comida cuando vio con gran sorpresa que sus padres no estaban. Tampoco tenía que ponerse nerviosa por un pequeño retraso. En un santiamén el instituto quedó vacío; sus padres no aparecían. Finalmente sonó su móvil. Era su madre disculpándose, habían tenido una avería con el coche, ahora esperaban a la grúa y la cosa iba para largo. Debía volver sola a casa.

Estaba claro que aquél no era su día, quizá tampoco su año y si las cosas seguían así, ni siquiera su siglo.

Isona se sintió totalmente perdida, se veía obligada a coger el metro, ella y ese monstruo de hierro no se llevaban nada bien, subir era toda una aventura que nunca sabía cómo podía terminar. Pero hizo de tripas corazón y se dirigió hacia la parada.

–Hola, Isona.

Eran otra vez Miquel y Laila. No lo podía creer, parecía que la seguían.

–¿Ustedes también toman el metro en esta parada?
–hizo una pregunta obvia, por decir algo.

De buenas a primeras escucharon el sonido de tres motos acercarse de una manera amenazante. Los tres compañeros se quedaron de pie resguardados en la acera. Nada fue un obstáculo para que los motociclistas, protegidos bajo el anonimato de sus cascos, los encerraran en un círculo casi perfecto, que marcaban haciendo girar las motos. Uno se detuvo ante Isona y la señaló con el dedo. Ella temblaba como la luna en el agua; nadie se atrevió a decir nada. De pronto se oyó el rugir de otra moto, parecía que también quería sumarse a la fiesta. Se dirigía disparada hacia ellos. Era una moto negra, al igual que el casco de su conductor. Para sorpresa de Isona, Miquel y Laila, se subió a la acera, embistió a sus agresores e hizo caer al que unos instantes antes había amenazado Isona. Los otros dos se quedaron desconcertados. Con una gran destreza, el motociclista salvador volvió a la carga, los agresores salieron disparados. Y la moto negra desapareció.

–¿Alguien me puede explicar qué demonios fue

eso? –preguntó Miquel, asombrado.

–¿Quiénes eran éstos? –continuó con las preguntas Laila.

–Yo tengo que irme –dijo con un hilo de voz Isona y desapareció engullida por la boca del metro. Y otra vez el zumbido de una mosca. Le saltó a la cara, de la cara a las manos y del cuello a la cara. Saltó a las manos. De las manos a la cara. Le saltó al cuello. Del cuello a las manos, de la cara al cuello. Y otra vez a la cara, la mosca pesada. La mosca importuna que volaba por todas partes. La mosca, la mosca intolerable. Por todas partes, en las paredes, en las maderas, los muebles, las puertas, el techo, la mosca, la mosca intolerable.